

El Madrid castizo

Luis Moya.

EXPLICACION DEL PLANO

En este plano se reúnen algunos caracteres de la vida castiza de Madrid, sin ninguna erudición y sin cronología. Hay algo de la época de Felipe II, cuando Madrid era "la nueva Babilonia", y aun de antes. Y también de los primeros años de nuestro siglo, que muchos hemos conocido todavía. Entre estos límites transcurren tres siglos y medio de una forma de vida, cuya desaparición hemos visto, que es la añorada por tantos casticistas. Esta desaparición fué un proceso largo, que se inicia con las transformaciones de la vida social y económica sucedidas durante la primera guerra europea, 1914-1918, y termina definitivamente en 1931 con la siembra de odios a que tan activamente se dedicó la República.

Porque lo típico de aquella vida castiza fué la alegría, o más bien el "contentamiento" general, durante esos siglos, aunque hubiera épocas breves de pesimismo:

¿Contentamiento, do estás
que no te tiene ninguno?

Brevedad del pesimismo no congruente con la enorme gravedad de su causa, sea por inconsciencia y despreocupación, sea por reacción defensiva de las gentes, a las que tantas veces se acusó de practicar el sistema del avestruz. Es el caso que, sin odios, con alegría—a veces con resignación—se convivió en esta villa durante esos siglos. Las desigualdades entre las gentes eran enormes, pero más en la apariencia que en el fondo. Puesto que la vida de todos, "grandes y chicos", estaba dedicada a la apariencia, cuanto mayores fueran las desigualdades, tanto más satisfacía el espectáculo. La Corte y los Grandes estaban obligados a dar al pueblo el espectáculo de su fastuosidad, y el pueblo disfrutaba de ello y hacía la parte del coro o de la comparsaría. Pero todos estaban en el secreto, y los de arriba, como decía González Ruano acerca de la nobleza napolitana de Positano, vivían en realidad una "fastuosa miseria", cuyos trajes, joyas, uniformes, mantos y tocados brillantes y multicolores, se fundían en cierto modo barroco con los harapos multicolores de los mendigos. Todos sabían que en el Alcázar había, a veces, dificultades para que los reyes tuviesen su comida diaria, y que esas dificultades no siempre se salvaron. Era una participación general en el espectáculo, en el fausto y en la miseria, y esto los hermanaba a todos. Todavía, a principios de este siglo, hemos conocido lo que representaba para un barrio viejo de Madrid una fiesta de verdad, en algún enorme caserón, con asistencia de los reyes y la Corte, y cómo se dejaban descorridos

visillos y cortinas, y hasta se abrían los balcones, en pleno enero, para que los vecinos pudieran con más comodidad presenciar el espectáculo desde la calle, y cómo participaban realmente de la cena, servida para ellos en los zaguanes y patios, y en la misma calle.

El plano indica barrios de aristócratas, de comerciantes, de majos y chisperos, de gente de letras y teatro y otros. Pero esto no es muy exacto, pues basta estudiar un plano detallado para comprobar que todos vivían reunidos en cada parte, así que lo indicado es únicamente la tendencia dominante de los barrios. Sólo la morería y la judería debieron de formar zonas de verdad independientes, pero ya en tiempo de Felipe II habían perdido casi todo el carácter de zona aparte que habían heredado de la Edad Media (en el resto de Europa, en cambio, los "ghetos" han subsistido hasta nuestros días).

Como en Madrid apenas había verdaderos palacios como en París o Roma, sino solamente caserones de construcción pobre, con alguna portada de piedra, y, a lo más, algún patio de columnas, era frecuente la emigración de la aristocracia de un barrio a otro (llevándose a veces la portada y las columnas del patio), de modo que las zonas aristocráticas han variado mucho en esos siglos, hasta que en el siglo XIX se inició definitivamente su marcha hacia las dos laderas de la Castellana: el barrio de Salamanca y el de Almagro.

Era ésta una ciudad de jardines y espacios abiertos, tanto dentro como fuera de la "cerca". De todos ellos se disfrutaba, pues en todos se celebraban romerías y fiestas campestres en fechas fijas, señaladas por la advocación de la ermita que había en cada uno de esos campos. En el Buen Retiro, además de varias ermitas, había el atractivo de las representaciones teatrales, sobre todo en tiempo de Felipe IV, y en algunas se aprovechó el estanque grande como escenario, en parte fijo en una isla y en parte flotante, asistiendo los reyes y la Corte desde embarcaciones y el pueblo desde las orillas.

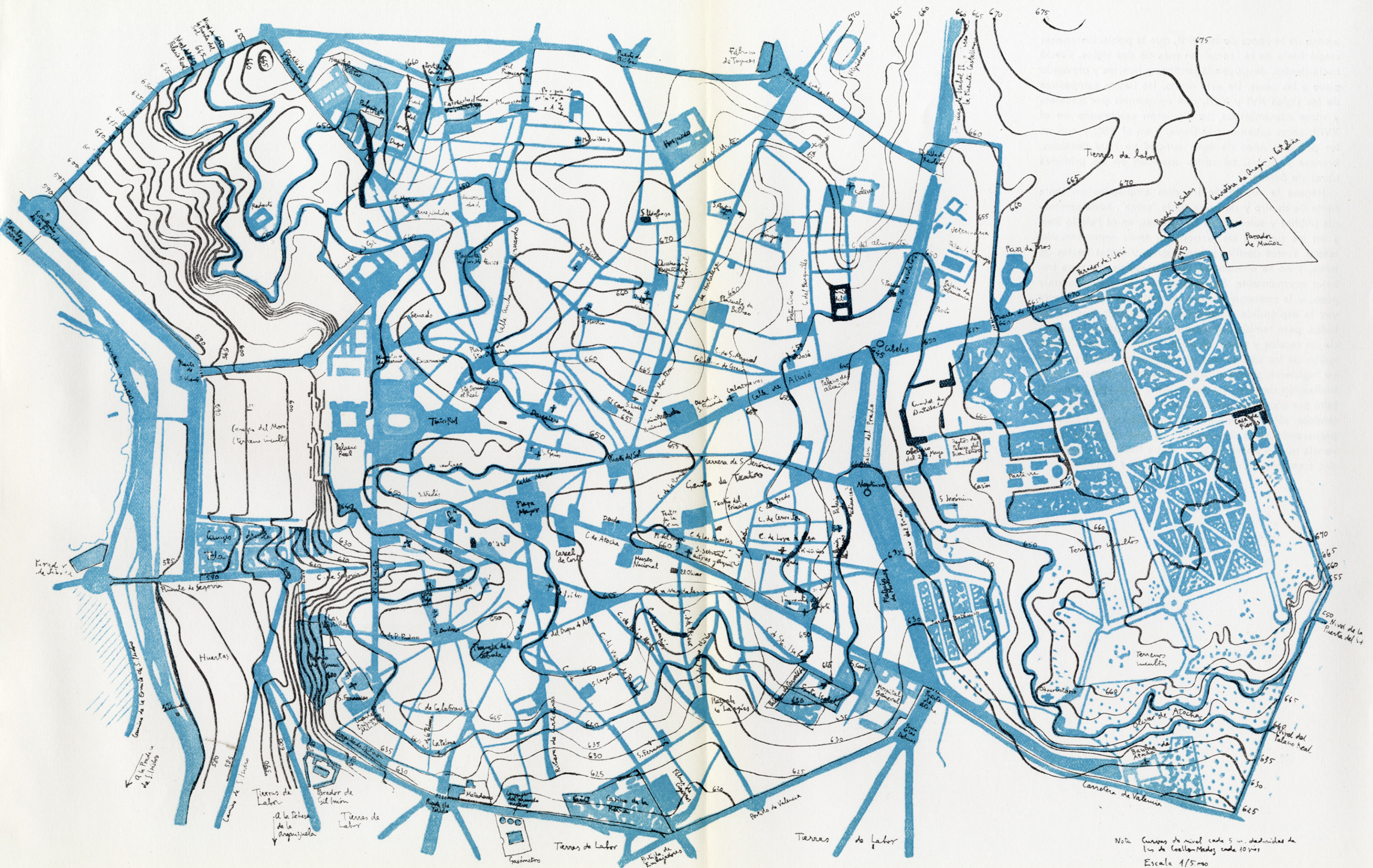
Los veraneos eran otra costumbre típica. En tiempo de Isabel II se veraneaba en los Carabancheles y en Chamberí, lugares entonces campestres; la Plaza de Toros, primero en la Puerta de Alcalá y después más al Oriente, fué otro motivo de fiestas campestres en los merenderos que nacían a su alrededor. Otro tanto ocurrió, humor macabro, cuando se hizo el actual Cementerio del Este, y la gente aprovechó la vuelta de los entierros para detenerse en las Ventas a comer las famosas chuletas de los merenderos que allí proliferaban.

Se deduce de la comparación del Teixeira con los

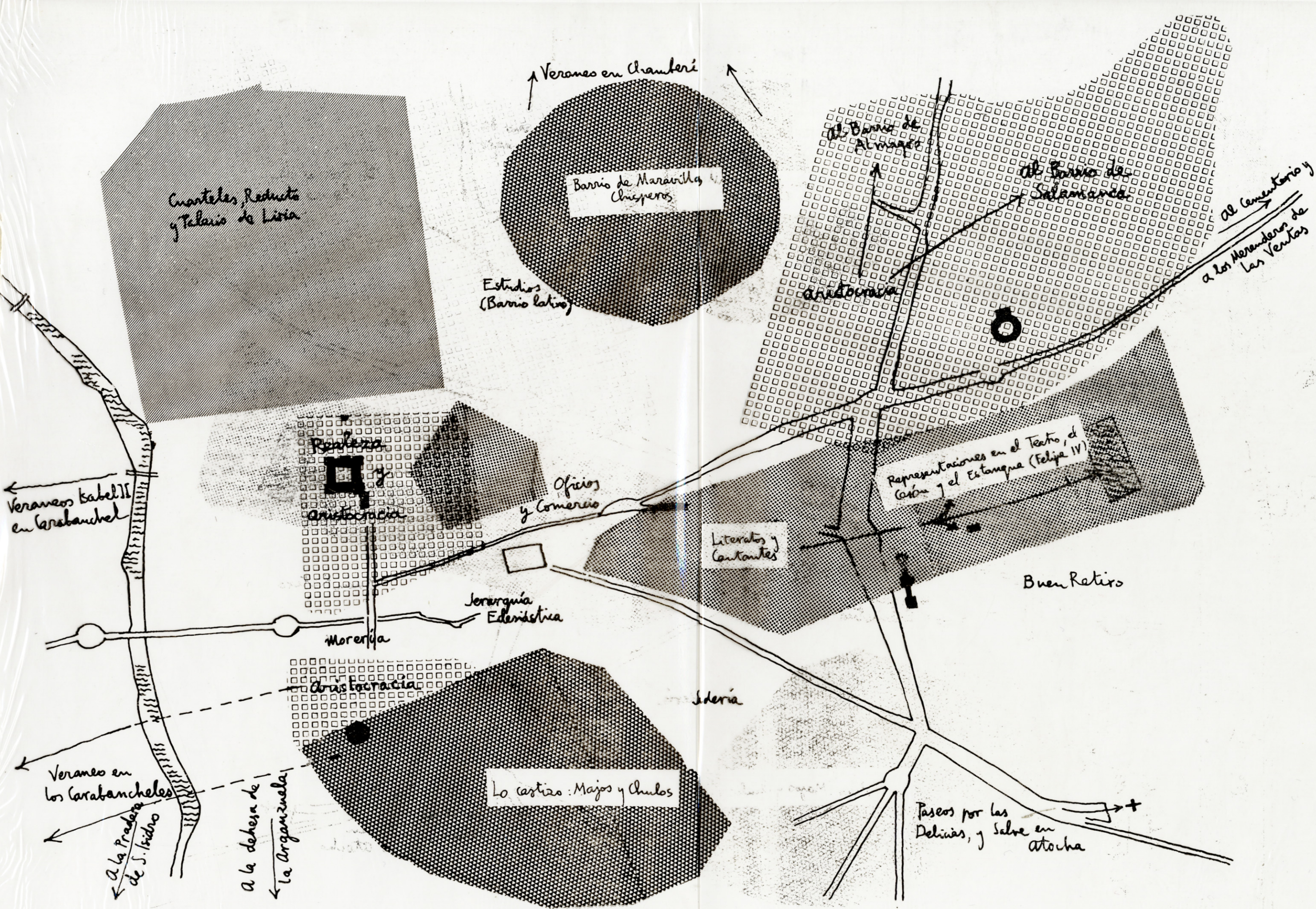
planos de la época de Isabel II, que la población apenas creció fuera de la "cerca" en más de dos siglos. Creció hacia dentro, destruyendo jardines y huertas y elevando pisos a las casas. De este modo, las fiestas campestres de los siglos XVI y XVII, que conocemos por Zabaleta y otros costumbristas, se siguieron celebrando en el XVIII, como sabemos por Goya, y en el XIX, y aun en los primeros años de éste, aunque ya muy decaídas, broncas y agrias, tal como aparecen en las primeras obras de Solana.

Hágase la cuenta de los días empleados en tanta fiesta de dentro y de fuera de la "cerca", tanta ceremonia pública y solemne en las iglesias, en el Palacio Real y en los palacios de la nobleza, tanta representación teatral, tantos desfiles y procesiones y tantas fiestas de toros, y no se encuentran los días suficientes para trabajar normalmente. Se deduce que se trabajaba muy poco, y la consecuencia era la "fastuosa miseria" (otra vez la espléndida calificación de González Ruano) de todos, pero también el buen humor general y la ausencia de recelos y odios de clase. Incluso la inicua explotación de los pobres que el capitalismo liberal practicó en Inglaterra, principalmente, durante la primera industrialización de fines del siglo XVIII y gran parte del XIX, faltó por completo entre nosotros en esa época, presentándose sólo tardíamente al final del siglo pasado y preparando así la desaparición de este modo de convivencia que, a pesar de todo, sigue hasta las mencionadas transformaciones de los años 1914 a 1918.

←
Ver
e



Nota Curvas de nivel cada 5 m. destruidas da
lin de Coellan-Medez cada 10 yrs
Escala 1/5.000





Nota Curvas de nivel cada 5 m. destruidas de
las de Coellon-Medez cada 10 pies
Escala 1/5.000